movimiento es la ensoñación desde un lugar íntimo, parece ser una canción construida desde un espejismo sonoro. Podemos notar acá sutilmente la presencia del jazz. El cuarto y último movimiento vuelve a pasear por distintos escenarios de la cultura latinoamericana. Escuchamos el patrón característico del *maracatú*, ritmo afrobrasileño proveniente de Pernambuco. También la influencia del *choriño* se ve claramente reflejada en el tratado armónico del ensamble orquestal; nos recuerda también ciertos pasajes de la música de Villa-Lobos. La guitarra tiene un tratamiento desde lo popular y por lo mismo su carácter no es de solista. Con este alegre movimiento se cierra este registro que, además, tiene un sobrio y sugerente diseño de carátula creado por Constanza Coffré.

Alberto Cumplido

Guitarrista y compositor

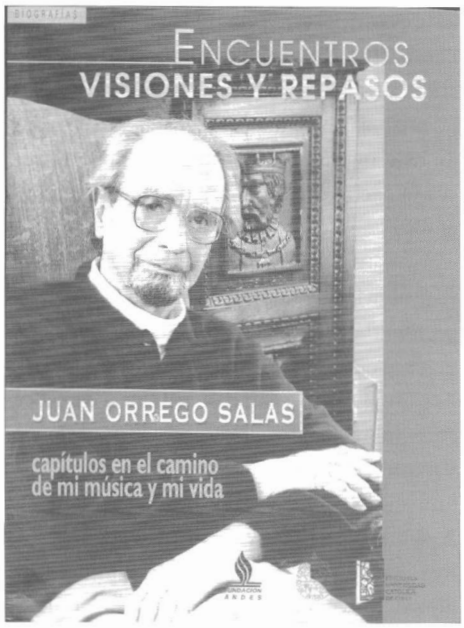
Juan Orrego Salas
Encuentros, visiones y repasos

Juan Orrego Salas. 2005. *Encuentros, visiones y repasos. Capítulos en el camino de mi música y mi vida.* Santiago: Editorial Universidad Católica de Chile.

Una autobiografía es ante todo una necesidad personal. Surge del impulso de "buscar las simientes de la vida adulta", como lo manifiesta Juan Orrego Salas en la suya. Constituye la puesta al día de una deuda con nosotros mismos y con quienes han formado parte de nuestras vidas. Es un buen momento para expresar sentimientos y pensamientos íntimos respecto a ellos, reconociendo y manifestando los afectos, comprendiendo mejor los desafectos, reconciliándonos, en suma, con nuestro pasado.

Todo esto hace Juan Orrego en su libro, repasando su relación con un conglomerado de personas, tanto en Chile como en Estados Unidos. Su generosidad, lo lleva a procurar no olvidar a nadie, y aunque el lector no conozca a todos los invocados en el texto, su aguda mirada y sensibilidad permite que primos lejanos, estudiantes japoneses, y funcionarios estadounidenses se transformen en viejos conocidos después de leer el libro. Sin duda que conocer la relación de Juan Orrego con personalidades musicales como Domingo Santa Cruz, Pedro Humberto Allende, Alberto Ginastera, Aaron Copland o Sergiu Celibedache, resulta del mayor interés, pero también lo es el modo en que recuerda a sus estudiantes de composición y musicología en la Universidad de Indiana, pues eso nos permite conocer mejor su labor de "rastreador y escolta de deseos" como bien define su tarea de maestro.

El músico y el individuo aparecen íntimamente



entrelazados en el libro. El medio social más bien conservador de donde proviene nuestro compositor, se confunde con su apego a los clásicos, su vasta cultura universal y su permanente referencia a la tradición musical europea. Sin embargo, su temprana ruptura con dicho medio, adoptando desde joven posturas críticas y progresistas, se relaciona con la libertad y autonomía con la que se vincula a esa tradición clásica y con el paulatino descubrimiento y admiración por la música de los márgenes de occidente: América Latina, música tan ausente en nuestras aulas, discotecas y salas de concierto, tanto ayer como hoy.

El interés de Juan Orrego por la cultura, el arte y la música de América Latina y su capacidad para crear en la Universidad de Indiana un centro dedicado a esta música, está íntimamente ligado a su capacidad de romper con el confortable y seguro círculo cultural que le proveía su medio social ilustrado. América Latina era un terreno incierto, peligroso, donde no residía el prestigio artístico y que costaba mucho trabajo conocer. Sin duda que la plataforma brindada por Estados Unidos le ayudó en esta titánica tarea, pero nada habría hecho Juan Orrego sin la motivación de integrar la *patria grande* a su propia experiencia de compositor chileno, como una forma de sentirse más completo y ser más coherente con su propia realidad.

Con algo de pudor, el lector recorre los detalles de la vida del músico y de sus cercanos: sus relaciones personales, los secretos de familia, sus encuentros y desencuentros, sus logros y dificultades profesionales, sus viajes. Todo esto lo narra entrelazándolo con los sucesos del siglo XX que más le impactaron. A Chile lo recuerda y lo imagina, como si quisiera re-inventarlo desde la distancia. Vivir lejos del país le otorga la libertada de abordar temas considerados *tabú* en nuestro medio, y lo hace de manera franca y directa, actitud que forma parte del proceso liberador de escribir una autobiografía. No hay nada sacrosanto en este mundo que no pueda recibir una mirada crítica, y Chile, con sus instituciones y personalidades, no constituye una excepción.

Junto con revelarnos intimidades, conflictos y secretos, Juan Orrego nos devela lo más sensible: el espacio en que descansa la creación de su obra, permitiéndonos atisbar en el proceso interior que motiva el ordenamiento de sonidos y silencios, de tensiones y relajaciones, de continuidades y cambios que forman la música, y que surgen de lo que Juan Orrego describe como la cinética orgánica del cuerpo humano. Incluso llega a hablarnos del ansiado momento de la inspiración, que es cuando la emoción y el razonamiento se confunden, y la música comienza a escribirse o a *inventarse* a sí misma, ocupando un concepto stravinskiano afín a nuestro compositor. Esta experiencia es descrita por Juan Orrego con ribetes místicos pero también analíticos, aportando abundantes ejemplos de su proceso creativo, y entregándonos lo medular del libro: su poiesis musical.

Las reflexiones analíticas de Juan Orrego poseen un gran valor musicológico, pues penetran en aspectos formales, instrumentales, y expresivos de su obra, y constituyen una puerta abierta para entrar en los misterios de su actividad creadora. El músico revela las motivaciones internas y externas que lo llevaron a componer determinada obra, los problemas que se planteó y cómo los resolvió, y el modo en que dicha creación se inserta en los acontecimientos de su vida. Más aún, nos informa de la existencia independiente de la obra, es decir, su camino a través de los intérpretes y auditores donde ha encarnado.

Juan Orrego nos informa de su camino como compositor desde sus primeros juegos al piano, revelándonos el descubrimiento de una

capacidad espontánea de aprehensión de la música primero y de la voluntad creadora después. Nos habla de sus logros como estudiante de composición en Chile y Estados Unidos; de lo que le enseñaron y no le enseñaron sus maestros; de cómo también fue formándose a sí mismo; de las obras que lo impactaron y las razones de ello. Los vínculos entre el Juan Orrego compositor y arquitecto, develados por él en escritos anteriores, vuelven a hacerse presentes en su autobiografía, estableciendo paralelos entre los elementos cohesionadores de la forma visual y de la forma sonora; y entre el espacio visual y el tiempo musical.

Creo inconveniente aplicar categorías acuñadas en Europa a nuestros compositores, como la de posromántico, impresionista o neoclásico, esta última, utilizada con frecuencia para referirse a Juan Orrego. Si esto se hace, es necesario al menos *situar* tal categoría en nuestra propia realidad. En este caso, la categoría de neoclásico no expresa el impulso restaurador de un Stravinsky ya en desgracia, ni el velado nacionalismo de un Ravel que hurga en lo propio, ni el natural vínculo con sus antepasados de un Hindemith, sino la imperiosa necesidad de situar en las antípodas aquello que nunca estuvo. En efecto, cabe preguntarse si en Juan Orrego el mentado neoclasicismo no corresponde a una suerte de apropiación y re-lectura de la historia de la música, que le permite y *nos* permite un libre acceso a los clásicos, incorporando historicidad a una práctica local aparentemente despojada de pasado. Del mismo modo que Prometeo se apodera del fuego para dárselo a los hombres, o que Lautaro se apropia del caballo para combatir al invasor, Juan Orrego se apodera de la forma sonata, de la fuga y del rondó para compartirlo con los habitantes del nuevo mundo.

Esta apropiación y relectura de los clásicos, iniciada por Juan Orrego en Chile, alcanzó grandes dimensiones en su etapa creativa en Estados Unidos, un país que se ha caracterizado por adquirir lo mejor del arte universal para dotarse de un patrimonio artístico que de otro modo no tendría. De esta forma, la obra musical y también la labor docente de Juan Orrego, resultan funcionales al proceso de inserción en Occidente del país del norte, que necesita nutrirse de conciertos para piano, sinfonías y cuartetos de cuerda, facilitados, en este caso, por un chileno.

En su autobiografía, Juan Orrego construye un puente no sólo con su música, sino que con la música chilena, latinoamericana y europea que pasó por sus sentidos, que le impactó e influyó, revelándose un gran conocedor tanto de la obra de los clásicos como de la de sus contemporáneos. El compositor se inserta con naturalidad en una tradición musical de índole beethoveniana, reconociendo afinidades y distancias con lo que ha sucedido después, definiendo así su propia orilla en el océano de la música. Leer este libro es recorrer la historia de la música occidental desde las necesidades creativas de Juan Orrego Salas, una historia, por lo demás, en gran parte vivida, pues conoció personalmente a la mayoría de los grandes compositores de la primera mitad del siglo XX.

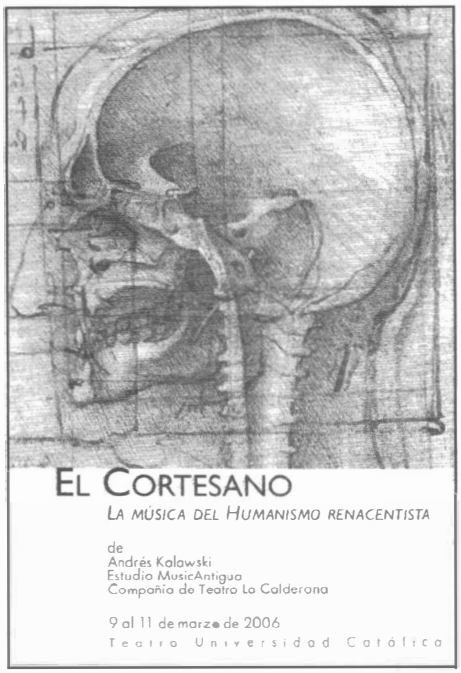
Así mismo, el libro nos revela una dimensión más humana o antropológica de la vida musical chilena, cuya historia ha sido escrita desde una perspectiva tan institucional. Es notable, por ejemplo, su capacidad para vincular la mentalidad que estaba detrás de la promoción o condena en el país de ciertos compositores y repertorios, lo que en definitiva fue acuñando nuestra cultura y gusto musical. El perfil humano que nos entrega Juan Orrego de grandes músicos chilenos que fueron sus maestros, discípulos o colegas, nos otorga una visión más vívida de ellos que las

proporcionadas por una nota biográfica convencional.

Conocer en detalle la vida de Juan Orrego Salas nos acerca a su obra, pues no hay nada mejor que escuchar la música de alguien que sentimos cercano y conocido. Es como si la intimidad con el artista nos abriera las puertas a la profundidad de su arte. De este modo, empezamos a descubrir al hombre encarnado en su obra, aumentando nuestra familiaridad con el sonido y la expresión de quien nos canta. La lectura de la autobiografía de Orrego Salas no puede sino llevarnos a querer conocer más de su música. Pero, ¿Cuántas de sus seis sinfonías se tocan en Chile? ¿Cuánta de su música de cámara se interpreta regularmente en el país? ¿Cuántos de sus discos y partituras circulan entre nosotros? La deuda con nuestro pasado musical sigue siendo inmensa. El legado musical y autobiográfico de Juan Orrego constituye un eslabón fundamental con un pasado articulado desde nuestra perspectiva de latinoamericanos. Su legado nos enseña a apropiarnos creativamente de los clásicos, a no olvidar lo propio y a instalar nuestra voz y nuestro canto en el siglo que comienza, entendiendo que la verdadera libertad sólo se consigue a partir del conocimiento de quiénes realmente somos. "Miro hacia atrás para explicarme mi propio camino", concluye Juan Orrego, y debemos estar agradecidos de ello, pues al hacerlo, también ha contribuido a explicar parte del nuestro.

Juan Pablo González
Instituto de Música
Pontificia Universidad Católica de Chile

El Cortesano
Una propuesta de teatro y música antigua



El Teatro de la Universidad Católica abrió su temporada 2006, los días 9,10 y 11 de marzo con *El Cortesano*; una propuesta de teatro y música antigua, que buscaba describir el arquetipo social del humanista del siglo XVI. El espectáculo fue el resultado de un proyecto de investigación Dipuc que integró los estudios musicológicos, la interpretación de instrumentos de la época, las artes visuales en formatos multimediales, la danza y la actuación. En esta convergencia de diferentes artes está, sin duda, su valor principal. No se puede clasificar ni como concierto ni como obra de teatro: es un espectáculo donde los intérpretes van más allá de su filiación artística, donde los cantantes intervienen en la acción